

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA. BREVE APROXIMACIÓN A UNA AMBIVALENCIA FUNDAMENTAL

Por H. C. F. MANSILLA

SUMARIO

1. PRELIMINARES.—2. LOS INTELLECTUALES EN AMÉRICA LATINA.—3. LOS INTELLECTUALES Y EL ACTUAL PROCESO DE MODERNIZACIÓN.—4. LOS INTELLECTUALES Y EL PODER.—5. CAMPOS POCO INVESTIGADOS.—6. CONCLUSIONES PROVISIONALES.

1. PRELIMINARES

Podemos intuir de manera relativamente fácil qué es un intelectual, pero definirlo conceptualmente y delimitarlo grupalmente representan tareas mucho más difíciles (1). La categoría «intelectual» puede abarcar a los especialistas técnico-organizacionales de la administración pública, de la economía y de la gestión en general, a los analistas de coyuntura política, los futurólogos y los planificadores, a los profesores de enseñanza terciaria y a los periodistas y empleados más destacados de los medios masivos de comunica-

(1) Cf. ROSENDO BOLÍVAR MEZA: «Un acercamiento a la definición de intelectual», en *Estudios Políticos*, núm. 30, México, mayo/agosto de 2002, págs. 123-141; JUAN F. MARSAL: «¿Qué es un intelectual en América Latina?», en JUAN F. MARSAL *et al.*: *Los intelectuales políticos*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, págs. 87 y ss.; EDWARD SHILS: *Los intelectuales en los países en desarrollo*. Dimelisa, México, 1976; FRANCISCO J. BOBILLO: «Intelectuales: pasado y presente», en *Debate abierto. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 7, Madrid, primavera de 1992, págs. 25-48; y la obra de cierta influencia en América Latina, MAURICE BLANCHOT: *Les intellectuels en question. Ébauche d'une réflexion*. Fourbis, Paris, 1996.

ción (2). Pero habitualmente se designa con ese término de un modo más restringido a los productores «independientes» de valores espirituales, a los creadores de sentido que aprovechan los conocimientos más avanzados de la comunidad cultural internacional en general y de las ciencias sociales en particular.

Aquí se percibe ya una de las ambivalencias más importante que se puede detectar entre los intelectuales latinoamericanos: el anhelo de autonomía de pensamiento y creación genuina, por un lado, y la adopción de ideas, teorías y orientaciones provenientes de los países más adelantados del Norte, por otro. De todas maneras se puede aseverar que los intelectuales han constituido una de las vías más notables y eficaces para transmitir y aclimatar en América Latina las normativas originadas en Europa Occidental y Estados Unidos, normativas luego popularizadas por los medios masivos de comunicación y el sistema escolar.

En el área latinoamericana existe una rica tradición consagrada a la vieja pregunta por el destino y la vocación de las sociedades del Nuevo Mundo, tradición encarnada por los grandes *ensayistas* que se han dedicado a cuestiones devenidas clásicas, como la identidad colectiva de las naciones latinoamericanas, los modelos adecuados de ordenamiento social, los vínculos complejos con los países altamente desarrollados y el futuro de la región. Estas indagaciones, que comenzaron a mediados del siglo XIX, han sido frecuentemente arduas y hasta dolorosas y han conformado algunas de las porciones más notables y controvertidas de la cultura latinoamericana (3). Los autores del ensayo político-histórico personificaron hasta aproximadamente 1960 al tipo humano-profesional percibido como el intelectual por antonomasia (4). El ensayo, género difícil de ser clasificado, pero abierto y exploratorio, permite un enfoque multidisciplinario de las temáticas tratadas, evitando los extremos de la erudición y del diletantismo. Participa tanto del aura estética superior que posee la literatura como del prestigio contemporá-

(2) JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: *Intelectuales y democracia. América Latina, cultura y modernidad*, Grijalbo, México, 1992, pág. 182.

(3) Cf. JUAN MARICHAL, *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana*, Cátedra, Madrid, 1978; JAVIER PINEDO: «Identidad y método: aproximaciones a la historia de las ideas en América Latina», en HUGO CANCINO TRONCOSO/SUSANNE KLENGEL/NANCI LEONZO (comps.): *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*, Vervuert/Iberoamericana, Frankfurt/Madrid, 1999, págs. 15-34.

(4) Sobre esta temática cf. las obras que no han perdido relevancia: ROBERT G. MEAD: *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Studium, México, 1956; MARTIN S. STABB: *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960*, Monte Ávila, Caracas, 1969; CARLOS RIPOLL: *Consciencia intelectual de América. Antología del ensayo hispanoamericano*, Las Américas, New York, 1970.

neo que brindan las ciencias sociales. Durante mucho tiempo el ensayo latinoamericano representó la porción más creativa y conocida del quehacer intelectual en América Latina; uno de sus temas centrales (y más fructíferos) ha sido el vínculo ambiguo y complejo entre las pretensiones teóricas de las élites modernizantes y los modestos resultados de la praxis política cotidiana.

La evolución y las funciones de los intelectuales han sido, por otra parte, muy diversas según los grandes espacios geográfico-culturales de la Tierra, de modo que enunciados generales acerca de este grupo social tropiezan a menudo con obstáculos infranqueables. En el Nuevo Mundo hay que consignar que desde un comienzo se dio una distinción fundamental entre el ámbito latinoamericano y el anglosajón en lo referente a la autoconsciencia de los intelectuales y a su apreciación por la opinión pública. La mayor diferenciación de roles en Estados Unidos y Canadá, la mayor distancia entre el quehacer intelectual y el político y el menor prestigio público atribuido colectivamente a los «hombres de letras» condujeron a que en los países del Norte los intelectuales no fueran los productores privilegiados de sentido, no influyeran decisivamente sobre la ética colectiva y se contentaran frecuentemente con funciones especializadas en el terreno académico y universitario.

Desde más o menos 1960 las sociedades latinoamericanas experimentan lenta pero seguramente un acercamiento evolutivo de su mundo cultural a los parámetros correspondientes de América del Norte. Los clásicos *hommes de lettres* —creadores de obras, expositores de cátedra, críticos y divulgadores en una persona— tienden a ser desplazados por profesionales universitarios cada vez más especializados y sin el brillo de los grandes generalistas del pasado. Esta tendencia afecta de igual modo a los intelectuales de inclinaciones izquierdistas y revolucionarias (5). Por lo demás hay que mencionar que a partir de aproximadamente 1980 los tiempos no han resultado propicios para los intelectuales convencionales de izquierda, quienes, aparte de pronósticos errados, fomentaron asimismo una atmósfera proclive al dogmatismo y a las falsas ilusiones (6). Basta aquí recordar que los intelectuales de la izquierda radical chilena, que tenían una propensión apocalíptica, coadyuvaron probablemente al fracaso del gobierno de Salvador Allende en

(5) Cf. MICHEL LÓWI: *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios*, Siglo XXI, México, 1978; BENJAMÍN OLTRA: *Una sociología de los intelectuales*, Vicens Vives, Barcelona, 1978; S. N. EISENSTADT: *Intellectuals and Tradition*, Humanities Press, New York, 1973.

(6) Muy tempranamente RAYMOND ARON se dio cuenta de las múltiples implicaciones de esta situación y fue uno de sus primeros y más influyentes críticos. Cf. RAYMOND ARON: *L'opium des intellectuels*, Calmann-Lévy, París, 1955. Cf. también NICOLAS BAVEREZ: *Raymond Aron. Un moraliste au temps des idéologies*, Flammarion, París, 1993.

Chile (1970-1973) y, por consiguiente, a la instauración de una dictadura militar (7).

No existe una historia más o menos completa y confiable de los intelectuales, sobre todo una de su vinculación con la política (8). Se han publicado obviamente tratados sobre la historia de las ideas en América Latina (9), pero aún falta una sociología política diferenciada de los intelectuales, que examine sus motivaciones profundas, sus genuinos valores de orientación y sus pautas recurrentes de comportamiento práctico-público. Existen muchas obras interesantes que analizan fragmentos de esta problemática mayor (10). Estos estudios, cuya calidad va aumentando claramente con los años, ayudan a reconstruir una temática de gran relevancia para comprender la esfera política del Nuevo Mundo.

(7) JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: «[Aporte a una discusión]», en MARIA SUSANA ARROSA SOARES (comp.): *Os intelectuais nos processos políticos da América Latina*, Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 1985, págs. 62 y ss. Como recuerda BRUNNER, los intelectuales de izquierda discutían entonces en cuál etapa se encontraría el Chile socialista por comparación a la historia clásica del socialismo europeo; los obstáculos concretos al socialismo (como la situación interna de las Fuerzas Armadas) no formaban parte de las preocupaciones de los intelectuales, las que estaban centradas en la inmediata construcción del socialismo y no en los complejos aspectos de la democracia.

(8) Para el caso europeo cf. la interesante bibliografía comentada: GANGOLF HÜBINGER: «Die europäischen Intellektuellen 1890-1930» (Los intelectuales europeos 1890-1930), en *Neue Politische Literatur*, núm. 1, vol. 35, 1994, págs. 34-54.

(9) MIGUEL JORRÍN/JOHN D. MARTZ: *Latin American Political Thought and Ideology*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1970; FRANCISCO MIRÓ QUESADA/LEOPOLDO ZEA (comps.): *La historia de las ideas en América Latina*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1975; LEOPOLDO ZEA: *Filosofía de la historia americana*, FCE, México, 1978; ARTURO A. ROIG: *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*, Universidad Santo Tomás de Aquino, Santafé de Bogotá, 1993; HORACIO CERUTHI GULDBERG: *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, México, 1997; HUGO CANCINO TRONCOSO/H. DE SIERRA/C. DE SIERRA (comps.): *Ideas, cultura e historia en la creación intelectual latinoamericana, siglos XIX y XX*, Abya-Yala, Quito, 1998. Muchas informaciones valiosas en la obra de cuatro volúmenes: O. CARLOS STOLTZER: *Iberoamérica. Historia política y cultural*, Docencia/Fundación Universidad a Distancia «Hernandarias», Buenos Aires, 1996-1998 (con una dilatada bibliografía).

(10) Cf. *Los intelectuales políticos*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971; JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER/ANGEL FLISFISCH: *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983; SÉRGIO MICELI: *Intelectuais e classe dirigente no Brasil*, Difel, São Paulo/Rio de Janeiro, 1979; ARTURO ARDAO: *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Universidad de la República, Montevideo, 1971; RODERIC A. CAMP: *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico*, Texas University Press, Austin, 1985; PABLO R. CRISTOFFANINI: «Esen- cial o híbrida? La cuestión de la cultura nacional en México», en CANCINO TRONCOSO/KLENGEL/LEONZO (comps.), *op. cit.*, nota 3, págs. 95-122.

2. LOS INTELLECTUALES EN AMÉRICA LATINA

Ya antes de la independencia de los países latinoamericanos había existido un grupo más o menos importante de estudiosos vinculados a tareas de enseñanza, administración y evangelización, estudiosos que se parecían a los intelectuales de hoy: pensaban de modo sistemático, escribían bastante y ocasionalmente creaban obras de reflexión y crítica sociales. Su erudición era, por lo general, digna de mención. Se trataba de personas que en su mayoría habían gozado de una cierta educación universitaria y que formaban un estamento de fronteras imprecisas y de roles inciertos en la sociedad colonial, lo que prosiguió en el primer siglo de las jóvenes repúblicas.

Antes de 1960 no existían muchas dudas en torno a la «esencia» y las funciones del intelectual: era claro que tenían una especie de compromiso histórico con la «verdad» (reminiscencias del *affaire Dreyfuss* y de casos similares), que defendían valores normativos abstractos y casi absolutos, como la verdad, la justicia y la democracia, y que no se contentaban con propugnar valores de validez parcial y relevancia limitada. En su autopercepción y ante los ojos de la opinión pública se colocaban a menudo allende las nociones corrientes del bien y del mal; se consideraban a sí mismos y eran vistos por los demás como personas que tenían el privilegio de permanecer al margen de las contradicciones y conflictos de su entorno, sin ser determinados a su vez por su posición o su origen social. Por ello hasta la segunda mitad del siglo xx no se dieron cuestionamientos científicos o políticos serios del rol de los intelectuales. Como afirma *Maria Susana Arrosa Soares*, la desacralización del intelectual y el desencanto con sus funciones constituyen procesos recientes, lo que a su vez ha provocado polémicas dentro del gremio en torno a su propia identidad (11). En pocas generaciones los intelectuales se han transformado de la consciencia crítica de la nación en meros expertos en legitimización.

Hasta más o menos 1960/1970 se podía hablar de una función *polivalente* de los intelectuales latinoamericanos: fueron simultáneamente pensadores y políticos, escritores y diplomáticos, fundadores y líderes de partidos, inspiradores de ideologías y críticos de los sueños colectivos. Baste aquí recordar la notable influencia que en su día ejercieron Lucas Alamán, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, José Vasconcelos, Rómulo Gallegos,

(11) MARIA SUSANA ARROSA SOARES, «Apresentação», en M. S. ARROSA SOARES (comp.), *op. cit.*, nota 7, pág. 8. Esta compilación de ensayos, la mayoría de ellos de excelente calidad, representa una obra pionera en el campo de la sociología política de los intelectuales y grupos afines. Cf. también la notable obra de NOAM CHOMSKY: *La responsabilidad de los intelectuales*, Ariel, Barcelona, 1970.

Arturo Uslar Pietri, Mario Vargas Llosa y muchos otros intelectuales en casi todos los Estados latinoamericanos (12). Hace pocas décadas era habitual, y hasta un motivo de orgullo para el país respectivo, tener a eminentes poetas y literatos en puestos consulares y diplomáticos; Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Alcides Arguedas, Octavio Paz, Carlos Fuentes y Jorge Edwards son algunos de los casos más conocidos. Hoy esto pertenece al pasado. Los gobiernos actuales pueden prescindir de este tipo de intelectuales, pues hasta los aspectos de prestigio y brillo sociales están vinculados ahora con otros parámetros, mucho más materiales y menos espirituales.

Estos grupos mantenían una relación ambivalente e inestable, pero a veces muy estrecha, con el poder político. Constituían probablemente una «fracción dominada» dentro de la «clase dominante» (13). Eran diletantes que operaban como productores privilegiados de sentido, generalmente fuera del ámbito académico y universitario; independientemente de sus inclinaciones ideológico-políticas, que bien podían ser de izquierda, pertenecían a los estratos sociales superiores, aunque probablemente de los márgenes ya problemáticos de esas capas.

En el caso relativamente bien estudiado de Chile se puede detectar que el presidencialismo del régimen vigente hasta 1973 fomentó una clara intelectualización de la política: los intelectuales lograron alcanzar una «influencia decisiva» en la vida interna de los partidos y también en la definición de las grandes políticas públicas (14). En numerosos países latinoamericanos se creyó que la gran reforma del Estado y de la sociedad, propugnada por diversas tendencias, sería la obra inducida y conducida por los intelectuales: los pensadores no serían sólo los funcionarios estatales privilegiados, sino los árbitros supremos de la política. La precondition que subyace a esta idea es suponer que la sociedad es algo enteramente maleable, permeable y moldeable por los planificadores y los expertos, donde las tradiciones y las prácticas legal-administrativas tienen poco peso y donde todo puede ser, en última instancia, decidido desde arriba y desde el centro. Esta concepción, muy cercana a un iluminismo tecnocrático de corte jacobino, fue posibilitada por la carencia de una burocracia, de una clase política y de una opinión pública sólidamente establecidas y con un buen nivel profesional, que hubieran po-

(12) Cf. algunos aspectos interesantes de esta problemática en JEAN FRANCO: *La cultura moderna en América Latina*, Mortiz, México, 1971; JUAN F. MARSAL et al.: *El intelectual latinoamericano*, Editorial del Instituto, Buenos Aires, 1970.

(13) DÉCIO AZEVEDO MARQUES DE SAES: «Os intelectuais e suas associações», en MARIA SUSANA ARROSA SOARES (comp.), *op. cit.*, nota 7, pág. 179 (siguiendo un argumento de *Pierre Bourdieu*).

(14) ANGEL FLISFISCH: «Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y partidos políticos en Chile», en M. S. ARROSA SOARES (comp.), *op. cit.*, nota 7, págs. 12-21.

dido controlar los logros efectivos de los intelectuales y así neutralizar las capacidades de estos últimos para manipular la dimensión de lo simbólico (15). De allí surgió una «relación perversa» de los intelectuales con el poder (16); en realidad su influencia no fue tan decisiva, pues fueron fácilmente cooptados por los diferentes regímenes y se transformaron en «legitimadores ritualistas» del poder, pero su soberbia les impidió vislumbrar la compleja y diferenciada realidad y más bien fomentó el voluntarismo político extremista más peligroso (17).

3. LOS INTELECTUALES Y EL ACTUAL PROCESO DE MODERNIZACIÓN

En rasgos generales esta constelación pertenece al pasado. Los llamados intelectuales orgánicos, los pensadores radicales con pretensiones emancipatorias y los expertos en la «comprensión» de las clases populares se hallan en franca declinación (18). En casi todos los campos donde actúan los que piensan y los que escriben se ha dado en poco tiempo una profunda transformación, y no sólo en aquel reducido ámbito con el cual los intelectuales más famosos mantenían nexos íntimos, aunque ciertamente difíciles: el supremo poder político.

El clásico intelectual *generalista*, proclive al ensayo literario y nutrido por conocimientos históricos y teóricos de rasgos universalistas, se halla en estado de decadencia, pero no de extinción, desplazado por el experto de tendencias *tecnocráticas* y con una formación académica especializada, cuya praxis profesional está delimitada por las necesidades del mercado laboral. Hoy en día los intelectuales juegan en tierras latinoamericanas un rol social y político más reducido que hace unos cuarenta años, cuando se daba uno de sus periodos de más brillo y figuración. En las últimas décadas los intelectuales —ahora provenientes de las capas medias— no disponen de una renta financiera libre, propia de las antiguas élites, sino que dependen de un salario corriente, frecuentemente ganado en el ámbito universitario o en instituciones burocráticas consagradas a la educación, la administración de bienes culturales y, muy ocasionalmente, a la investigación científica. Esto tie-

(15) Cf. el brillante ensayo de JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: «La función utópica de los intelectuales», en M. S. ARROSA SOARES (comp.), *op. cit.*, nota 7, págs. 22-31, especialmente págs. 26 y ss.

(16) *Ibid.*, pág. 26.

(17) JUAN RIAL: «Los intelectuales y la política en el Uruguay. Soberbia y expiación», en M. S. ARROSA SOARES (comp.), *op. cit.*, nota 7, págs. 38, 40.

(18) Cf. CHRISTINE BUCI-GLUCKSMANN: «Los intelectuales y el Estado», en M. S. ARROSA SOARES, *op. cit.*, nota 7, págs. 119-123.

ne que ver también con la gigantesca expansión que han experimentado en el último medio siglo el sistema universitario (incluyendo los cursos de posgrado) y las instituciones de formación profesional (19).

Pero no hay duda de que los intelectuales todavía exhiben un peso relativamente importante a la hora de formular políticas públicas, de enunciar alabanzas o críticas importantes a las acciones gubernamentales, de desarrollar temáticas relevantes en el seno de los medios masivos de comunicación y esbozar fragmentos de una futura consciencia nacional. Esta aseveración tiene probablemente más validez en las naciones medianas y pequeñas del Nuevo Mundo, y ello a causa del desarrollo histórico de estos países, donde las élites son aún compactas, reducidas y sin mucha diferenciación interna. De todas maneras se puede afirmar que la relevancia de los intelectuales, aunque de magnitud claramente decreciente en todos los países, sigue siendo mayor en América Latina que en las sociedades altamente industrializadas del Norte, debido, como ya se mencionó, a que la especialización de roles y funciones en América Latina son menores que en las naciones más adelantadas (20).

Pese a los innegables procesos de modernización y globalización que experimentamos en la actualidad (21), esta transformación de los intelectuales y la casi desaparición de sus funciones clásicas conllevan también aspectos criticables. Trataré de tematizar este aspecto difícil de ser explicado en pocas palabras. Una de las conclusiones centrales es que el desarrollo actual, por más inevitable que sea, genera también elementos negativos, entre ellos la declinación del espíritu crítico y la incapacidad de articular síntesis globales. A comienzos del siglo XXI y a pesar de los progresos democratizadores que se dan en el ámbito latinoamericano, se puede constatar una atmósfera general de desencanto y pesimismo, que es percibida claramente en el ambiente socio-cultural, una decepción que se debe en última instancia al desempeño nada promisorio de las variables económicas y político-institucionales. Existe otro motivo, aunque de menor significación, para este desencanto colectivo. Una porción considerable de la intelectualidad latinoamericana ha dejado de lado su posición crítica y hasta contestataria y se ha integrado con sor-

(19) DÉCIO AZEVEDO MARQUES DE SAES, *op. cit.*, nota 13, págs. 180 y ss.

(20) Cf. por ejemplo las reflexiones de JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: «Los cambios en la cultura y la civilización emergente», en *Universum. Revista de la Universidad de Talca*, vol. 12, 1997, págs. 23-32; FERNANDO AÍNSA: «El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada», en *ibid.*, págs. 7-22.

(21) Sobre este concepto de moda y en conexión con la temática aquí tratada, cf. NÉSTOR GARCÍA CANCLINI: *La globalización imaginada*, Paidós, México, 1999; MANUEL ANTONIO GARRETÓN: *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*, CESOC/LOM, Santiago de Chile, 1994.

prendente facilidad dentro de las estructuras de poder de los regímenes neoliberales. Esto ha traído consigo una pérdida del potencial intelectual consagrado a la concepción de alternativas socio-políticas y a la corrección de malformaciones existentes.

Me parece importante insistir en esta problemática e ilustrarla con algunos ejemplos. Con respecto al caso específico de Bolivia escribe *Omar Chávez Zamorano*: «Los intelectuales son culpables de uno de los males más graves que sufre el país, que es la falta de visiones estratégicas. Bolivia no tiene rumbo por la ineptitud de la *intelligentzia* nacional que parece haber renunciado al oficio de crear ideas y dibujar horizontes. [...] Los partidos se han reducido a maquinarias electorales, y sus líderes no tienen vocación de gobernantes porque carecen de visiones de futuro. Pero no es justo responsabilizar a los políticos por esta ausencia de ideas que asola a la política nacional. Este vacío de ideas y visiones indica que uno de los engranajes de la maquinaria social o está funcionando mal o no funciona. Ese engranaje son los intelectuales» (22).

Admito que esta manera de criticar y hasta de censurar a los intelectuales adolece probablemente de precisión y base empírica. Curiosamente sabemos relativamente poco —o bajo la forma de meras presuposiciones— acerca de los acondicionamientos familiares, los prejuicios recurrentes y las ideas matrices que impresionan e inspiran a los intelectuales latinoamericanos. Una primera aproximación a la pregunta: «De qué se nutren los intelectuales latinoamericanos», que sólo tiene valor indicativo, nos informa que hoy en día en el terreno de la economía y la política éstos leen sobre todo obras de origen norteamericano (y en un segundo lugar muy lejano escritos de proveniencia europea) antes que libros de la propia región. Las obras de temas puntuales y de corto alcance predominan claramente sobre los enfoques teóricos de gran aliento. *Dietmar Dirmoser*, el director de la revista *NUEVA SOCIEDAD*, aseveró tajantemente: «[...] los paradigmas de la izquierda desaparecieron y no surgieron otros para reemplazarlos» (23). También es interesante acotar que estas relaciones no son de doble vía: simbolizan más bien una nueva variante de la dependencia cultural del sur con respecto al norte,

(22) OMAR CHÁVEZ ZAMORANO: «Los pensadores en huelga indefinida», en *La Razón* (La Paz), suplemento VENTANA del 18 de marzo de 2001, pág. 4.

(23) DIETMAR DIRMOSE: «Segunda página», en *Nueva Sociedad*, núm. 170, Caracas, noviembre/diciembre de 2000, págs. 3 y ss. (número monográfico dedicado a los «libros e ideas» de que se nutren los intelectuales latinoamericanos. Años antes la misma revista publicó una especie de encuesta indicativa similar: *Nueva Sociedad*, núm. 139, septiembre/octubre de 1995; cf. la síntesis: MARTIN HOPENHAYN: «América Latina: la visión de los científicos sociales», en *ibid.*, pág. 139 y ss.).

ya que en los países septentrionales poquísima gente lee obras de autores del sur en las áreas de las ciencias sociales y la filosofía.

Algunos factores primordiales parecen reproducirse en casi todos los grupos intelectuales a través del tiempo y en los más diversos ámbitos geográficos. Algo que siempre llamó la atención de los observadores extranjeros ha sido la inclinación de los intelectuales latinoamericanos a copiar las corrientes prevalecientes en los centros metropolitanos y su horror a aparecer como anticuados. Esta tendencia —a veces de índole casi enfermiza— a adoptar la última moda de procedencia europea (o norteamericana en la última generación) ha impedido probablemente el florecimiento de creaciones intelectuales propias en el campo de la teoría y la filosofía políticas. Y seguramente esta misma propensión es quizá responsable por la carencia de elementos originales en la praxis institucional-política de todos los países latinoamericanos. A ello ha contribuido de modo paradójico la creencia, nunca puesta en cuestión, de que los latinoamericanos han logrado casi siempre producir una adaptación innovativa, una reelaboración propia y una recreación original de los paradigmas metropolitanos. Esa curiosa seguridad en torno al carácter presuntamente autónomo del quehacer intelectual latinoamericano ha impedido percibir con más sobriedad y realismo aquella producción teórica latinoamericana que parecía encarnar lo más avanzado del pensamiento en el área política e institucional. Esa misma certidumbre casi dogmática ha evitado analizar con más profundidad las mentalidades predominantes.

Todo esto ha engendrado una elemental ambigüedad ético-política en el seno de la intelectualidad consagrada a asuntos públicos (ambigüedad que incluye una insinceridad existencial), que tiende a consolidar el espíritu imitativo en los campos del pensamiento teórico y la praxis política. Así como el marxismo y corrientes afines (por ejemplo: la Teoría latinoamericana de la Dependencia) constituían el marco indubitable de referencia en décadas pasadas, hoy en día el neoliberalismo y la filosofía posmodernista parecen configurar el paradigma obligatorio, el *main stream* del cual es necio, improductivo e innecesario el distanciarse. Es plausible que la derrota del marxismo y del socialismo nunca fue bien digerida, porque el mismo espíritu acrítico ha sido el responsable por la fácil adscripción de los latinoamericanos al neoliberalismo —o a la moda siguiente, el populismo, el indigenismo o a la ahora muy celebrada impugnación del neoliberalismo. La mentalidad prevaleciente en numerosos ámbitos intelectuales y universitarios latinoamericanos parece ser mayormente una posición acomodaticia, cortoplacista y oportunista (24); las

(24) Cf. la opinión claramente exagerada a este respecto de JAMES F. PETRAS: «The Metamorphosis of Latin America's Intellectuals», en *Latin American Perspectives*, núm. 2, vol. 17, 1990, págs. 102-112.

corrientes de izquierda han carecido, por ejemplo, de una visión diferenciada de fenómenos como el mercado y la democracia representativa: han pasado sintomáticamente de un rechazo dogmático a una aceptación oportunista, lo que conlleva la tácita renuncia —jamás lamentada— de la clásica dimensión progresista de igualdad y solidaridad (25). Se percibe también una carencia en la reflexión acerca de temas éticos, que debería ser una tarea permanente entre los intelectuales (26).

Pero también es imprescindible consignar buenas noticias. La sociedad contemporánea del conocimiento y la información, por un lado, y el surgimiento de nuevas desigualdades, junto con identidades cambiantes y precarias, por otro, nos muestran la significación y el peso de profesiones, actitudes y valores que están íntimamente vinculados al área cognitiva y, por consiguiente, al ámbito intelectual en el sentido más amplio. En los medios masivos de comunicación social parece darse una oportunidad nada despreciable para emplear a intelectuales generalistas, capaces de brindar análisis y comentarios destinados al gran público. Es evidente que esta función está ligada a una cierta posibilidad de influir sobre la opinión pública y sobre el diseño de políticas gubernamentales, aunque estos puestos estén signados por la inseguridad. En un terreno al menos parece existir una considerable demanda de intelectuales formados en ciencias sociales y politología: en el campo del diseño institucional y la ingeniería política. Este es el terreno donde los expertos comparten con los intelectuales clásicos algunas características como la discusión de alternativas y el aprovechamiento de experiencias externas. La declinación de los esfuerzos investigativos en la universidad pública y privada, su desplazamiento a centros privados y la aparición de un nuevo tipo de mecenazgo, financiado por la empresa privada, modifican obviamente temas y modos de investigación, y no siempre coartando la libertad del investigador y no imponiendo un modelo único de pensamiento (27).

Por otro lado se advierte un claro incremento del ámbito tecnocrático. Esta «cultura de las asesorías y los dictámenes expertos» se nota sobre todo en la esfera político-económica (28). Se presenta a sí misma como la encarnación de la objetividad científica y la neutralidad ideológica, pero parte a

(25) LUDOLFO PARAMIO: *Tras el diluvio*, Siglo XXI, Madrid, 1989, *passim*; FRANCOIS BOURRICAUD: *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, UNAM, México, 1989.

(26) Para el caso boliviano cf. OMAR CHAVEZ ZAMORANO: «La desorientación ética de los nuevos intelectuales», en *Pulso* (La Paz) del 27 de julio de 2001, núm. 105, vol. 2, pág. 6.

(27) FERNANDO MIRE: *Teoría política del nuevo capitalismo o el discurso de la globalización*. Nueva Sociedad, Caracas, 2000, págs. 97-103.

(28) Cf. MIGUEL A. CENTENO/PATRICIO SILVA (comps.): *The Politics of Expertise in Latin America*. Macmillan/St. Martin's Press, Londres/New York, 1998.

priori de normas y presunciones que son consideradas como de obvia validez, cosa reñida con todo principio genuinamente científico. Por ello un análisis de las actuales modalidades de las interacciones entre intelectuales y poder o entre expertos y formulación de políticas públicas constituye todavía una problemática importante.

La decadencia en calidad de numerosas universidades estatales coincide también con la inclinación de las universidades privadas hacia carreras redituables (de carácter comercial), lo que genera un ambiente general poco propicio a la investigación, a las ciencias sociales y a las humanidades (29), ambiente acorde, por otra parte, con la propagación de una cultura ligera y el auge de las modas postmodernistas. Según estas últimas, el principio de la indeterminación, la imposibilidad de establecer gradaciones y jerarquías entre los conocimientos, la tesis del «todo vale» y la incommensurabilidad de todas las expresiones culturales entre sí han permitido un loable pluralismo axiológico, pero también el reino de la imprecisión, la arbitrariedad y el oportunismo.

Aunque no existen datos empírico-documentales que permitan enunciados seguros, la observación de muchos fenómenos de este campo parece permitir el siguiente enunciado: el peso creciente de tecnócratas de tendencia neoliberal podría correr paralelamente a recortes presupuestarios que afectan los terrenos de la extensión cultural, las publicaciones y la investigación científica. El campo de las ciencias sociales parece sufrir «hostigamiento y discriminación». Un autor afirmó que se pretende «corromper y subordinar» estas disciplinas «a los requerimientos del capital y de la ideología dominante. Los intelectuales se ven obligados con frecuencia a matizar sus críticas, cuando no a callarlas» (30). Aunque estas opiniones están teñidas por ideologías izquierdistas convencionales, hay que considerar la posibilidad de que el modelo neoliberal haya inducido, así sea indirectamente, una especie de desprestigio de las ciencias sociales y, de manera concomitante, un descenso de la calidad intelectual de los productos de estas disciplinas y así una declinación de la consciencia crítica de la sociedad con respecto a sí misma.

(29) Cf. el excelente ensayo de SERGIO BAGÚ: «Universidad y Estado en América Latina: historia de encuentros y desencuentros», en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. XXXIV, núm. 134, México, octubre/diciembre de 1988, págs. 17-37.

(30) OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO: «Neoliberalismo, crisis y universidades en México», en *Nueva Sociedad*, núm. 107, mayo/junio de 1990, pág. 145; para otros aspectos del caso mexicano cf. *ibid.*, págs. 146-153; MAURICIO SCHOJET: «La ciencia en México. Del desarrollo al retroceso», en *ibid.*, págs. 138-144.

4. LOS INTELLECTUALES Y EL PODER

El rasgo determinante y preocupante de los intelectuales del Nuevo Mundo reside desde la independencia en la relación ambivalente e inestable, pero a veces muy íntima, con el poder político. Según algunos estudios históricos basados en un amplio material documental, desde antes de la independencia la mayoría de los que hoy llamamos intelectuales exhibió una mentalidad escolástica, premoderna, tradicionalista, autoritaria y apegada estrechamente al poder estatal fáctico, a pesar de las muchas lecturas de autores ilustrados franceses y británicos y pese a adoptar de modo ostentoso una ideología liberal-democrática y una programática modernizante (31).

De acuerdo a *Norbert Lechner*, los intelectuales, independientemente de su filiación ideológica, no han cesado de influir sobre la vida política de América Latina desde comienzos de la vida republicana. «[...] han sido los especialistas en producir o reproducir los valores y mundos simbólicos, las creencias y representaciones colectivas, en fin las ideas e imágenes que se hace una sociedad acerca de sí misma» (32).

Según *Octavio Paz* la característica distintiva de América Latina es la falta de una tradición crítica, moderna, abierta a la ciencia, al análisis y al cuestionamiento de las propias premisas (33). No hay duda de que los intelectuales podrían haber realizado una labor más efectiva para implantar una actitud básicamente crítica en estas tierras. Dilatados grupos de intelectuales han tenido y tienen a menudo relaciones privilegiadas con el poder político, lo que no fomenta necesariamente la inclinación a los cuestionamientos profundos. Pero al mismo tiempo —y aquí reside la complejidad y la ambivalencia liminar del asunto— los intelectuales han sido los artífices de la notable cultura letrada del Nuevo Mundo, una cultura de excelente calidad intrínseca y no exenta de un espíritu indagador y hasta cuestionador (34). Y, en segundo lugar, desde el período de la Independencia los intelectuales han ju-

(31) O. CARLOS STOETZER: *El pensamiento político en la América española durante el período de la emancipación (1789-1825)*, 2 vols., Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966; O. C. STOETZER: *Las raíces escolásticas de la emancipación de la América española*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982.

(32) NORBERT LECHNER: «Intelectuales y política: nuevo contexto y nuevos desafíos», en *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*. FLACSO/Triana, México, 1997, pág. 34.

(33) OCTAVIO PAZ: *Tiempo nublado*, Seix Barral, Barcelona, 1983, págs. 152 y ss.

(34) Cf. BEATRIZ GONZÁLEZ STEPHAN (comp.): *Cultura y Tercer Mundo*, vol. II: *Nuevas identidades y ciudadanías*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996; DANIEL MATO (comp.): *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Nueva Sociedad/UNESCO, Caracas, 1994.

gado un rol descollante en la conformación de las identidades colectivas; esta actividad en cuanto *actores sociales y culturales* se desarrolló frecuentemente a la sombra del Estado respectivo y, sobre todo, de sus gobiernos —es decir: de una manera subalterna— e influyó en primer término sobre las capas privilegiadas de la población (35). Pero sin ese aporte esencial a la conformación de identidades nacionales la historia de América Latina habría sido bien diferente, ya que los intelectuales han sido, por lo menos parcialmente, los productores de sentido más notables que han producido las sociedades latinoamericanas.

Aunque los intelectuales han estado desde un comienzo muy vinculados al Estado y al gobierno, en un campo mucho más amplio dejaron su huella en lo que podríamos llamar de modo inexacto las metas normativas de las sociedades latinoamericanas, como ser los diseños de modernización y democratización. Justamente los modestos logros de una modernización periférica y una democratización precaria han sido temas preferidos de reflexión y crítica de los intelectuales hasta el día de hoy, por hallarse estos logros muy por debajo de las expectativas de los propios pensadores y ensayistas políticos. Muchos de ellos se han consagrado a señalar las carencias de una identidad nacional considerada con persistencia como insatisfactoria.

Para vislumbrar las múltiples relaciones entre los intelectuales y el poder se pueden considerar, de acuerdo a *Heidulf Schmidt*, varias opciones, que van desde el pleno ejercicio del poder por los intelectuales hasta no tener ninguna relación con el mismo, pasando por funciones como legitimación del poder, asesoría de gobiernos legítimamente constituidos y crítica del régimen de turno. Esta tipología reflejaría «el compromiso heterogéneo» (36) de los intelectuales frente al poder real, tipología que puede ser complementada mediante calificaciones de los intelectuales como «utopistas *versus* realistas», «fanáticos *versus* cínicos», «comprometidos» frente a «indiferentes», «innovadores» frente a «tradicionalistas» y varias alternativas adicionales. Como afirmó Schmidt, este abanico de posibilidades demuestra «que

(35) Cf. la gran obra de carácter comparativo; NICOLA MILLER: *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*. Verso, Londres/New York, 1999. Para el caso concreto del Perú cf. HUGO NEIRA: *Hacia la tercera mitad. Perú siglos XVI-XX. Ensayos de relectura herética*, SIDEA, Lima, 1996; para el caso boliviano cf. *Presencia* (La Paz) del 13 de mayo de 2001, suplemento *Reportajes*, dedicado monográficamente al tema: «En el siglo xx. La herencia del pensamiento boliviano».

(36) HEIDULF SCHMIDT: «Los intelectuales latinoamericanos: crisis, modernización y cambio», en PETER HENGSTENBERG/KARL KOHUT/GÜNTHER MAIHOOLD (comps.): *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*, Nueva Sociedad/ADLAF/Friedrich-Ebert-Stiftung/ILDIS, Caracas, 1999, pág. 361 (siguiendo un argumento de *Norberto Bobbio*).

no existe la figura del intelectual con validez absoluta para todos los tiempos» y que, por ende, no se puede prescribir qué deberían hacer los intelectuales en cada una de las circunstancias histórico-políticas (37).

Como afirmé anteriormente, el marco general de referencia y las relaciones de los intelectuales con las variadas instancias del poder político-institucional han cambiado notablemente con respecto a la época anterior a 1980, cuando estaban vigentes el clima revolucionario, las ideas de la imprescindible reforma radical y la fe en el progreso y la evolución histórica ascendente. De la contraposición de dos proyectos civilizatorios fundamentalmente distintos —el anterior latinoamericano basado mayormente en una imagen premoderna del mundo y el norteamericano fundamentado en un modernismo consumista (38)— se ha pasado en un lapso temporal muy breve a la imitación indiscriminada (y a menudo con una justificación cínica) del llamado paradigma neoliberal y posmodernista (39), y en esta empresa los intelectuales contemporáneos, como los catedráticos universitarios de ciencias sociales, han jugado un rol ciertamente notable, aunque no decisivo. Como ya se mencionó, con frecuencia han estado y están desprovistos de un enfoque genuinamente crítico (40).

Pero no hay duda de que los intelectuales *también* han podido influir muy positivamente sobre los procesos de cambio político —como parece haber sido el caso chileno—, cuando ellos han sabido construir centros de excelente reputación académica con estabilidad institucional y cuando han podido actuar positiva y permanentemente sobre la opinión pública (41). Lamentablemente ésta no es la norma en el Nuevo Mundo.

(37) *Ibid.*, págs. 361 y ss.

(38) MARIANO BAPTISTA GUMUCIO: *Latinoamericanos y norteamericanos. Cinco siglos de dos culturas*. Artística, La Paz, 1986.

(39) Sobre la conjunción entre neoliberalismo y postmodernismo y las causas de su expansión entre los intelectuales latinoamericanos cf. la brillante obra de JORGE LARRAÍN IBÁÑEZ: *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.

(40) Para el caso chileno cf. ALFREDO JOCELYN-HOLT: *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Planeta/Ariel, Santiago de Chile, 1998, donde el autor, en tono pesimista, se hace la pregunta de qué han servido el análisis y la reflexión intelectuales a lo largo de las últimas décadas. Cf. desde perspectivas distintas, TOMÁS MOULIÁN: «Una reflexión sobre intelectuales y política», en T. MOULIÁN: *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago, 1983, págs. 7-19; JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: «Los intelectuales y la democracia», en ANA M. STUVEN (comp.): *Democracia contemporánea*, Santiago, 1990, págs. 177-190.

(41) JEFFREY M. PURYEAR: *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, Johns Hopkins U.P., Baltimore/Londres, 1994; GASTÓN GARCÍA CANTÚ/GABRIEL CAREAGA: *Los intelectuales y el poder*, Mortiz, México, 1993. Faltan investigaciones de este tipo y esta calidad para los otros países latinoamericanos.

Para explicar la evolución de los intelectuales en las últimas décadas, James Petras, una voz de la izquierda radical, postuló la tesis de que las dictaduras militares y la violencia estatal, por un lado, y las agencias internacionales del Norte con sus cómodos sistemas de financiamiento, por otro, habrían tenido unos efectos domesticadores e inhibidores sobre los intelectuales, de los cuales éstos no se habrían podido recuperar (42). Los intelectuales en todo el mundo habrían iniciado a partir más o menos de 1980 un «repliegue» desde posiciones marxistas y revolucionarias hacia otras más realistas, cómodas y útiles para la carrera profesional. Los intelectuales, muy sensibles a los cambios del poder en las esferas política, económica y cultural, habrían registrado la declinación del movimiento sindical y el ascenso del nuevo capitalismo, y se habrían plegado a las fuerzas momentáneamente victoriosas, sin percatarse, empero, de que el triunfo del neoliberalismo se asienta sobre una base precaria (el saqueo del Estado) y sobre la destrucción del tejido social y del medio ambiente. La ahora invocada lucha contra el «estatismo» se haría en nombre de una «quimérica sociedad civil» (43), bajo el manto de un «revisiónismo gramsciano», la «doctrina de la indeterminación», o, en forma cínico-realista, a causa de alguna asesoría bien dotada. Los «intelectuales orgánicos conectados y dependientes de los movimientos populares» del pasado se habrían transformado en «intelectuales institucionales atados a agencias de financiamiento extranjeras». Estos intelectuales no estarían más integrados a los activistas políticos populares, sino a «sus patrones extranjeros», a sus audiencias y requerimientos (44).

Esta opinión, todavía extremadamente popular en los más variados sectores sociales (45), no considera la historia fáctica de las últimas décadas y no corresponde a la complejidad que entretanto han alcanzado las sociedades latinoamericanas. Por un lado extiende el cómodo manto del silencio y del olvido sobre los innumerables aspectos negativos —y hasta monstruo-

(42) JAMES PETRAS: «Una pequeña parte de la lucha», en *Nueva Sociedad*, núm. 123, enero/febrero de 1993, pág. 166; cf. la respuesta de CARLOS M. VILAS: «Contra el sectarismo», en *ibid.*, págs. 165-169.

(43) JAMES PETRAS: «Los intelectuales en retirada», en *Nueva Sociedad*, núm. 107, mayo/junio de 1990, págs. 92 y ss.

(44) *Ibid.*, págs. 103, 107, 109. Sobre esta posición cf. HEIDULF SCHMIDT, *op. cit.*, nota 36, págs. 361-368.

(45) FRANZ J. HINKELAMMERT supone que hasta hoy ha quedado un «control institucionalizado» que ejerce una eficaz pero disimulada censura sobre los contenidos de la enseñanza y la investigación en las universidades de América Latina, que impide ante todo el pensar en alternativas serias al régimen presente y entorpece un pensamiento intelectual genuinamente propio (un saber subversivo). Cf. F. J. HINKELAMMERT: «La libertad académica bajo control en América Latina», en *Nueva Sociedad*, núm. 107, mayo/junio de 1990, págs. 131-137.

sos— vinculados a los regímenes socialistas, a los movimientos populares y a sus intelectuales orgánicos. Esta concepción no percibe nada criticable en la Cuba contemporánea, como no se percató de ningún problema en los otros regímenes revolucionarios del Tercer Mundo y en los periclitados Estados comunistas del Norte. Además: como indica *Carlos M. Vilas*, ha habido un elemento que James Petras no menciona para nada y que ha facilitado la conversión de los intelectuales orgánicos en domesticados. En todas sus variantes este grupo se distinguió por una visión elitista y jacobina de la política, por una atención exorbitante a todo lo que tiene que ver con el Estado y sus aparatos y por una clara percepción burocrática y tecnocrática de asuntos políticos, sociales y culturales (46). Vilas vislumbra una esperanza en aquellos intelectuales que no son ni los apocalípticos de ayer ni los domesticados de hoy y que, en talante posibilista, «son capaces de poner su instrumental específico al servicio de procesos reales de transformación social» (47). Algunos pensadores radicales todavía creen que pese a los procesos de domesticación existiría entre los intelectuales una «hermandad universal comprometida políticamente contra los sistemas dominantes» (48), aunque sea arduo indicar las bases teóricas, la programática política y la localización de esa hermandad.

Benjamín Arditi señala, por su parte, que los intelectuales orgánicos propugnados por James Petras no tocaron ni resolvieron el problema de su identidad (quiénes eran y qué querían en realidad) y que por ello nunca estuvieron en la posibilidad de formular las preguntas adecuadas en su momento y proponer respuestas realistas y eficaces. Según Arditi la identidad contemporánea de los intelectuales constituye un problema mucho más complejo: el trabajo del cientista social se ha vuelto más profesional y especializado y está sometido a un escrutinio más severo que antes; los intelectuales tienen hoy que asumir el riesgo de las equivocaciones y los pronósticos errados como un hecho casi cotidiano; en la vida política y laboral hay que aceptar la necesidad del compromiso y la negociación permanentes. Y todo esto sin perder de vista la línea de continuidad histórica que vincula a los intelectuales de hoy con los de ayer (49).

(46) CARLOS M. VILAS: «Sobre cierta interPetrasción de la intelectualidad latinoamericana», en *Nueva Sociedad*, núm. 107, mayo/junio de 1990, pág. 129.

(47) *Ibid.*, pág. 130; RODERIC AI CAMP: *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. FCE, México, 1988.

(48) ORLANDO FALS BORDA: «El Tercer Mundo y la reorientación de las ciencias contemporáneas», en *Nueva Sociedad*, núm. 107, mayo/junio de 1990, pág. 86.

(49) BENJAMÍN ARDITI: *Intelectuales y política*, núm. 56, vol. 1990, David & Goliath, Buenos Aires, *passim*.

5. CAMPOS POCO INVESTIGADOS

En este contexto hay que mencionar algunos terrenos poco estudiados en décadas pasadas y que ahora merecerían ser analizados. Las causas profundas de la declinación de las izquierdas latinoamericanas y el debilitamiento concomitante del otrora fuerte vínculo entre intelectualidad y movimientos progresistas de muy distinto género y consistencia no han sido debatidos exhaustivamente (50). Un caso muy interesante es la autoimagen y la autointerpretación de algunos intelectuales de izquierda que han tenido un rol político protagónico, contexto en el que se advierte su perplejidad ante la problemática actual (51). Por ello no es sorprendente que algunos de los estudios más interesantes sobre la propia izquierda provengan de autores considerados como conservadores o moderados (52).

Pero la importancia política y socio-cultural de los intelectuales —por ejemplo en la creación de nexos entre los partidos políticos y el campo de las ideas y programas o, recientemente, en su contribución teórica a la construcción de una democracia moderna en el Nuevo Mundo— sigue siendo una temática digna de renovados esfuerzos investigativos (53).

El rol de los intelectuales como manipuladores de valores en los partidos políticos, incluidos los progresistas, merece particular atención. Un caso paradigmático ha sido el *Partido Aprista Peruano (PAP)*, partido de tendencia socialdemocrática y consagrado a la modernización del Perú en todo sentido, pero que en su interior reproducía —o sigue reproduciendo— constante y premeditadamente por la acción de sus intelectuales valores de orientación premodernos, pseudorreligiosos y hasta irracionales, como el mito del refugio, la veneración ciega de los líderes y la dicotomía amigos/enemigos para comprender la diversidad social (54). Este caso no es único, obviamente.

(50) Cf. CARLOS M. VILAS: «La izquierda latinoamericana», en *Nueva Sociedad*, núm. 157, septiembre/octubre de 1998, págs. 64-74.

(51) Cf. SERGIO RAMÍREZ: *Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*, Aguilar, México, 1999.

(52) HÉCTOR GIIRETTI: *La izquierda. Usos, abusos, confusiones y precisiones*, Ariel, Barcelona, 2002 (libro que estudia los aportes, entre otros autores, de RAYMOND ARON, JÜRGEN HABERMAS, LESZEK KOLAKOWSKI, THOMAS MOLNAR, RICHARD RORTY y ROBERT SPAEMANN al esclarecimiento de lo que puede ser la izquierda).

(53) Cf. FRANCISCO C. WEFFORT: «A contribuição teórica dos intelectuais ao processo de construção da democracia», en M. S. ARROSA SOARES (comp.), *op. cit.*, nota 7, págs. 234-241.

(54) Cf. la gran obra de antropología social, basada en amplios materiales empíricos y documentales: IMELDA VEGA-CENTENO: *Aprismo popular. Cultura, religión y política*, Tarea/CISEPA, Lima, 1991; cf. también ALBERTO ADRIANZÉN: «Perú. Adiós a la izquierda», en *Nueva Sociedad*, núm. 157, septiembre/octubre de 1998, págs. 75-86.

Por otro lado hay que profundizar los estudios en torno al rol de los intelectuales en el seno de los medios contemporáneos de comunicación social, precisamente considerando su carácter masificado y tendencialmente apolítico (55), y su comportamiento frente a la creciente manipulación político-cultural de dilatados fenómenos de masas como el deporte y el espectáculo (56).

Paradójicamente falta una investigación acerca de los principales valores de orientación de los intelectuales, cuyo núcleo profundo no ha variado probablemente gran cosa en las últimas décadas. Una posible muestra de ello es el carácter persistentemente escolástico de las universidades latinoamericanas, públicas y privadas, que se asemejan más a las «altas escuelas» medievales que a instituciones de auténtica investigación científica, consagradas a divulgar la universalidad del pensamiento y no a practicar delimitados saberes técnicos, que son los que imponen las modas comerciales y los requerimientos empresariales del día (57). Aunque no hay base empírica es plausible adelantar la hipótesis de que los intelectuales siguen encarnando curiosamente los valores más convencionales de la tradicional cultura política latinoamericana, incluyendo algunos elementos de autoritarismo, pero ahora bajo el ropaje tecnocrático que prescribe la convención del momento (58). (Aquí es indispensable consignar, sin embargo, que el retorno de la democracia liberal ha desplazado exitosamente el peso tradicional de la cultura del autoritarismo, difundiendo entre casi todos los grupos sociales y ocupacionales una propensión contraria al legado autoritario.) Numerosos intelectuales tienden a un invariable oportunismo, privilegian la astucia sobre la inteligencia y las modas culturales sobre el análisis científico serio (59).

(55) Cf. entre otros el número monográfico de *Contribuciones*, vol. XIII, núm. 2 (= 50), Buenos Aires, abril/junio de 1996, dedicado al tema: «Medios de comunicación en tiempos de cambio», especialmente los ensayos: JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: «Comunicación y política en la sociedad democrática», en *ibid.*, págs. 7-18; EDUARDO FERNÁNDEZ: «Medios de comunicación: ¿Substitutos de la actividad política?», en *ibid.*, págs. 19-31; PATRICIA TERRERO: «Tecnopolítica, cultura y mercado en la sociedad mediática», en *ibid.*, págs. 89-103.

(56) Cf. CARLOS MONSIVÁIS: *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Anagrama, Barcelona, 2000; FERNANDO ESCALANTE GONZALBO: *El principito o al político del porvenir*, Cal y Arena, México, 1994.

(57) MANFRED MOLS: *Demokratie in Lateinamerika* (Democracia en América Latina), Kohlhammer, Stuttgart etc., 1985, pág. 114.

(58) MOLS: *ibid.*, págs. 124-132. Cf. también HOWARD J. WIARDA: *Democracy and Its Discontents. Development, Interdependence, and U. S. Policy in Latin America*, Rowman & Littlefield, Lanham/Londres, 1995, *passim*.

(59) Cf. un testimonio temprano, PEDRO DEMO: *Intelectuais e vivaldinos. Da crítica acrítica*, São Paulo, 1982, págs. 89-123; GABRIEL ZAID: «Intelectuales», en *Vuelta*, México, núm. 168, noviembre de 1990, págs. 21 y ss.

Hay que repensar el cambio drástico de la imagen de los Estados Unidos en la mentalidad prevaleciente entre los intelectuales latinoamericanos en los últimos quince a veinte años, así como la imagen concomitante que los latinoamericanos construyen de sí mismos frente a Europa y Norteamérica. Las alteraciones a este respecto son sintomáticas para comprender los notables cambios de mentalidad colectiva que se han dado en las últimas décadas y que afectan en primer lugar el imaginario de los intelectuales (60) y la paradójica facilidad con la cual destacados intelectuales progresistas fueron cooptados por regímenes neoliberales, ingresando a altos cargos de la administración pública y la diplomacia. Esto tiene que ver también con un elemento que no ha sido estudiado a fondo: la fascinación que el ejercicio del poder ha irradiado casi siempre sobre innumerables intelectuales, independientemente de su posición ideológica. Según *Octavio Paz*, los intelectuales han estado obsesionados por el poder, antes que por la consecución de riqueza, y, añade Paz, «naturalmente» antes que por la expansión del saber (61).

No se ha analizado suficientemente la obsesión de los intelectuales por algunos aspectos permanentes del pensamiento utópico, como por ejemplo la pasión por lo ilimitado (62). Especial atención merece también el rol de los intelectuales en los últimos años, cuando el paradigma neoliberal empieza a resquebrajarse y variados miembros de este grupo redescubren sus ideales críticos con respecto al capitalismo, y cuando la apatía y la despolitización que produjo el neoliberalismo se traducen en una nueva ola de liderazgos populistas, mesiánicos y autoritarios, ola reivindicada por no pocos ensayistas políticos (63).

(60) ROBERT RUSSELL: «The Image of the United States in Latin America», en WOLFGANG REINHARD/PETER WALDMANN (comps.): *Nord und Süd in Amerika. Gegensätze, Gemeinsamkeiten, europäischer Hintergrund* (Norte y sur en América. Contradicciones, similitudes, trasfondo europeo), vol. II, Rombach, Freiburg, 1992, págs. 977-985; MARGA GRAF: «Zivilisation und Barbarei». Zur Selbstdarstellung Lateinamerikas gegenüber Europa («Civilización y barbarie». Sobre la autorrepresentación de América Latina frente a Europa), en *ibid.*, págs. 999-1010.

(61) OCTAVIO PAZ: *El ogro filantrópico*, Seix Barral, Barcelona, 1979, pág. 324.

(62) Cf. JEAN-MARIE DOMENACH: «Las causas de un fracaso», en THOMAS MOLNAR/JEAN-MARIE DOMENACH/JUAN MARCOS DE LA FUENTE: *La izquierda en la encrucijada*, Unión, Madrid, 1970, pág. 37.

(63) Sobre esta compleja temática cf. entre otros: LUIS E. MADUENO: «Crisis y descomposición de la política en América Latina», en *Revista Venezolana de Ciencia Política*, núm. 12, vol. 1997, Mérida, págs. 31-56; CÉSAR CANSINO/ÁNGEL SERMEÑO: «América Latina: una democracia toda por hacerse», en *Metapolítica*, núm. 4 (= 10-12), vol. I, México, 1997, págs. 557-571; NORBERT LECHNER: «A la búsqueda de la comunidad perdida. Los restos de la democracia en América Latina», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 9 (= 129), vol. 1991, Madrid, págs. 569-581; JOSÉ ANTONIO RIVAS LEONE: «Repensar la demo-

Sería interesante averiguar las causas por qué los intelectuales han descuidado (casi sistemáticamente) a lo largo de las últimas décadas dilatadas áreas de la relación entre teoría y praxis, entre el saber especializado y el quehacer cotidiano, como ser la estructura y las manifestaciones de la tradicional cultura política del autoritarismo (fenómeno estudiado casi exclusivamente por eruditos provenientes de otras áreas geográficas). Otros temas descuidados son los nexos entre la religión y las creencias populares, por un lado, y la conformación de pautas recurrentes de comportamiento socio-político, por otro; y la maraña de trámites y regulaciones burocráticas que dificultan la vida del ciudadano común. Los intelectuales se han consagrado a otras áreas (con un frenesí tardío, sintomático y sospechoso) cuando éstas han sido previamente declaradas como campos de estudio y acción por instituciones internacionales como el Banco Mundial. Entre estas temáticas se hallan principalmente la problemática ecológica y del medio ambiente, la reforma del Poder Judicial, los alcances de lo que difusamente se conoce como la sociedad civil (64) y el complejo y ubicuo fenómeno de la corrupción.

6. CONCLUSIONES PROVISIONALES

Los procesos de globalización y modernización no anulan todas las funciones y las labores de los intelectuales en América Latina, pero probablemente las modifiquen profundamente. Con cierta seguridad se puede esperar que la diferenciación creciente de roles ocupacionales erosione la clásica función de los intelectuales en cuanto productores privilegiados de sentido. Los intelectuales sobrevivirán a estas modificaciones convertidos posiblemente en expertos de áreas y temáticas cada vez más especializadas, como asesores políticos, funcionarios de instituciones consagradas a la investigación, catedráticos universitarios, profesores de colegios secundarios o transformados en periodistas y empleados de los medios masivos de comunicación, donde aún pervive —aunque popularizada y simplificada— la necesidad de contar con productores de sentido e intérpretes más o menos críticos de valores generales y de pautas colectivas de comportamiento.

cracia. Una lectura de Norbert Lechner», en *Nueva Sociedad*, núm. 170, noviembre/diciembre de 2000, págs. 6-12.

(64) Sobre los más diversos aspectos de la sociedad civil cf. la exhaustiva obra de MARTÍN LAUGA: *Demokratietheorie in Lateinamerika. Die Debatte in den Sozialwissenschaften* (La teoría de la democracia en América Latina. El debate en las ciencias sociales), Opladen Leske + Budrich, 1999, págs. 265-296.

A partir aproximadamente de 1980 los intelectuales jugaron un importante papel en el llamado proceso de transición a la democracia, cuando asumieron la importantísima función de redescubrir los valores permanentes (y no sólo instrumentales y temporales) de la moderna democracia representativa y pluralista y de los derechos humanos, hacerlos públicos y adaptarlos a las realidades específicas de los países respectivos. Los intelectuales han comenzado a criticar, además, la vinculación de dilatados sectores de las izquierdas con la tradición cultural del autoritarismo, centralismo y burocratismo y con el rol fatal de las utopías globalizadoras. El actual proceso de modernización, traducido en la ya mencionada profesionalización de los intelectuales y la diferenciación de sus roles, contribuye a formar una constelación, que según *Néstor García Canclini* resulta favorable al avance de la vida intelectual y a la consolidación de la democracia, una constelación que se manifiesta en la creciente «autonomía del campo cultural» (65).

Para finalizar, podemos concebir una imagen sopesada de los intelectuales, que nos mostraría que ellos no son los únicos responsables por los defectos y las carencias de las identidades nacionales y de la cultura política, que su rol ha sido importante, sin ser decisivo, y que sus inclinaciones más íntimas estuvieron a menudo exentas de un espíritu crítico e independiente, pero también podemos concluir que hicieron un aporte substancial a la creación de las identidades colectivas y que a menudo supieron brindar una visión veraz y desapasionada de sociedades signadas por el atraso histórico y simultáneamente por la complejidad social.

(65) NÉSTOR GARCÍA CANCLINI: «Campo intelectual y crisis socio-económica», en M. S. ARROSA SOARES (comp.), *op. cit.*, nota 7, pág. 153.